

LA ALDEA DEL SIGLO XXI

Ignacio Salazar. Universidad de Sevilla

Don Jesús Arellano es un hombre enamorado de su tierra, del pueblo en el que nació y del que tanto ha hablado. Impresionado, creo, por la humanidad del hombre que trabaja la tierra.

Esta circunstancia da un cierto pie a que en este lugar y en esta circunstancia tratemos el futuro del campo. Naturalmente con la imprecisión y el «voluntarismo» que casi siempre conlleva el hablar sobre el futuro.

Nuestro presente puede caracterizarse por una creciente sensibilidad ecológica. No parece muy necesario abundar en esta cuestión, aunque sí conviene intentar profundizar en ello.

Un problema importante, quizá no de los más espectaculares, pero sí importante, es el del presente y futuro de miles de pequeños asentamientos rurales.

La situación y las tendencias de muchos de estos lugares son preocupantes:

- Envejecimiento de la población
- Abandono consecutivo del campo.
- Pérdida de modos de vida tradicionales.
- Consecuente empobrecimiento de la cultura.

Esto, que es una tendencia de varios lustros en nuestro país, continúa en la actualidad en medio de políticas económico-comunitarias vacilantes :

- Por un lado ayudas a jóvenes agricultores.
- Por otro, facilidades para el abandono del campo
 - * Incentivos a la no producción
 - * Llegar al 15% (3% según los últimos datos) de población agraria.

El resultado de todo ello es la situación crítica de muchos núcleos pequeños de población, una homogeneización cultural con su ambivalencia, (los medios de comunicación consiguen que las angustias y alegrías más o menos generales puedan ser percibidas y vividas casi al instante en todo el planeta) y un desenraizamiento humano, generalmente con consecuencias

más negativas que positivas. Los grandes cinturones de las periferias de las grandes ciudades suele ser el ejemplo más clásico.

Ya hace algunos años alguien como Schumacher señaló la importancia que el tema de las aldeas tiene para algunos problemas de carácter mundial. Según él, una parte importante del problema del hambre en el mundo está vinculado al destino de dos millones de aldeas.

«La tarea crucial de esta década es hacer que el desarrollo sea apropiado y por lo tanto más efectivo, de modo que llegue al corazón mismo del mundo, a dos millones de aldeas. Si la desintegración de la vida rural continua, entonces no hay salida, no importa cuanto dinero se invierta» (1).

Si la cosa es así, es posible que tengamos alguna responsabilidad de dar ejemplo, de mejorar las perspectivas que en este nuestro primer mundo podamos tener al respecto. De ser así, tendrá alguna relevancia intentar ver más claro lo que podemos/debemos hacer con nuestras aldeas, y con esos modos de vida aparejados a ellas.

Resulta evidente que el modelo de desarrollo a adoptar para intentar dirigir la evolución de nuestras sociedades es un problema cuya importancia no es desconocida.

Pero no es sólo el problema del hambre.

«La enfermedad que ha invadido todo el mundo moderno es el desequilibrio total entre la ciudad y el campo, un desequilibrio en términos de riqueza, poder, cultura, atracción, esperanza. La primera se ha sobrestendido, mientras la segunda se ha atrofiado. La ciudad se ha convertido en un imán universal, mientras que la vida rural ha perdido su sabor. (...) La falta del equilibrio prevaleciente, basada en la antigua explotación del campesino y del productor de materias primas, amenaza hoy a todos los países del mundo, a los ricos más aún que a los pobres. Restaurar el equilibrio adecuado entre la ciudad y el mundo rural es tal vez la tarea más grande que tiene el hombre moderno» (2).

Congresos y organismos internacionales también han llamado la atención al respecto.

Ya en 1971 Ph. Saint-Marc, (Tamames, p. 77) en su llamada para una cooperación internacional que evite la destrucción de la naturaleza,

decía en el punto octavo de su resumen: «Renacimiento de la vida rural como antídoto a la urbanización que lo invade todo» (3).

Tamames también recoge las siguientes intenciones :

«El hombre debe preocuparse por la protección y fortalecimiento de los elementos que contribuyen a mantener su equilibrio bio-, psico- y sociológico. En este sentido, son del más alto interés las iniciativas para facilitar el rescate, revitalización y reimplantación de las tradiciones culturales que durante siglos dieron pruebas de eficacia en todo lo que a interacción social se refiere» (4).

Parece así que el futuro de los pequeños asentamientos rurales es importante por las siguientes razones:

- Cuidado de la tierra.
- Problema del hambre.
- Modos de vida relativamente sencillos, generalmente con notable utilidad socio-ecológica. (A veces acompañados de una cierta austeridad).
- Suponen una riqueza cultural. Diversidad de modos de vida que hace a la sociedad más estable.
- No parece ser tiempo de grandes utopías.

Pudiera a alguien ocurrírsele que pensar en la aldea del siglo XXI pudiera dar pie a revivir el deseo de un paraíso, de algo perfecto... Pero no parece ser ahora tiempo de grandes utopías.

Ciertamente, las utopías más clásicas han sido utopías de la ciudad (5). Podría tener un cierto interés intentar pensar una utopía agraria...

Sin embargo hay razones poderosas para tener una cierta prevención contra este término.

«Los caminos de la utopía están plagados de cadáveres. La utopía tiende a generar una sociedad represiva e intolerante para con otras opciones. El resultado final será una sociedad totalitaria, antihumanitaria y, por tanto, antiutópica» (6).

Huxley coloca al inicio de su famosa obra *Un mundo feliz* la frase de Berdiaeff:

«Las utopías parecen hoy mucho más realizables de lo que se creía antes. Y ahora nos encontramos con otro problema igualmente angustioso : ¿Cómo evitar su realización definitiva?... Tal

vez comenzará una nueva era en que los intelectuales y la clase cultivada soñaran con el modo de evitar las utopías y regresar a una sociedad no utópica, menos perfecta, pero más libre» (7).

Sin embargo la situación no es clara, o mejor, ha evolucionado un poco.

«Las utopías, al menos las vinculadas a la tradición emancipatoria, se han visto afectadas por la prognosis acerca de la irrealizabilidad de la sociedad de la opulencia, habida cuenta del deterioro del medio ambiente y del carácter limitado de la biosfera. El tiempo ya no galopa al encuentro de lo utópico-emancipatorio, ha dejado de ser su aliado; el tiempo, de seguir incorregidas las tendencias actuales, erosiona esa tradición y la propia posibilidad de subsistencia a largo plazo de la especie humana. De ahí los intentos de reformular la tradición emancipatoria; de ahí el tímido pero perceptible resurgir de la utopía, de los modelos de sociedad alternativa y de sus tentativas de aplicación inmediata aunque parcial» (8).

«Sembrar pequeños granos de utopía», dice Simonet, explicando un matiz del ecologismo (9).

Explicar, justificar por qué razones podemos/debemos ilusionarnos con o por el futuro es algo que ahora nos vemos incapaces de hacer. Sabemos que «porque sí» no es una razón. «Tenemos el deber de la esperanza» ha dicho alguien (Barbara Ward) (10).

Desde distintos lugares se advierte el peligro de una materialización excesiva. Pareciera que el destino y fin del hombre es consumir. El modelo antropológico parece inamovible de este entronque.

A una sociedad que cifra su contenido vital en consumir, o sea en gastar, le llamaba Herbert Marcuse en 1977 una sociedad de la no-libertad.

«La respuesta a la pregunta de por qué una sociedad así es una sociedad de la no-libertad, parece difícil y es difícil, pues a primera, y no a primera vista, todo esto es muy bonito. (...) Cuando la gente en un espacio relativamente limitado encuentra en cualquier local, cualquier tienda, lo que quieren. O sea, mi respuesta sería: La sociedad de consumo es una sociedad de la no-libertad porque el precio que se paga por este exceso de mercancías es simplemente demasiado alto. Y con «precio» no quiero decir el

precio monetario que se paga en el mercado, sino el precio que pagan los consumidores por eso en términos de su vida, de toda su existencia. Es decir, para poder comprar todo eso están forzados a trabajar cada vez más y con mayor intensidad en una situación histórica en la que el trabajo, el trabajo alienado, puede reducirse cada vez más. El caso es el contrario: cuanto más produce y comercializa una sociedad mercancías que se producen con una caducidad planificada, tanto más tiempo se tiene que dedicar a producir esa sociedad» (11).

Evidentemente, no siempre resulta fácil distinguir entre trabajo alienante/existencia alienada y lo que no lo es. No siempre es fácil educar a la gente a utilizar su tiempo de ocio.

Y por otro lado, la importancia de nuestro ejemplo, del modelo, o los modelos que el primer mundo pueda ofrecer al conjunto de la humanidad es una cuestión que creo de suma importancia.

La verdad es que la situación no es fácil.

Parece que una mejor relación del hombre con el medio, aparte de los avances técnicos que la ciencia y la tecnología puedan aportar, quizá requiera de una profundización o elaboración filosófica que oriente, que justifique, que ayude a entender.

Está ya formulado con suficiente aproximación el concepto de desarrollo sostenible. Y desde hace algún tiempo se está ya trabajando en ello a nivel teórico (reuniones internacionales).

«Desarrollo sostenible es el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades» (12).

Sin embargo,

«Llegar a una definición de desarrollo sostenible comúnmente aceptada sigue siendo un reto que hemos de aceptar todos los que participamos en el proceso de desarrollo» (13).

¿Cómo intentar un hombre más feliz en una sociedad mejor?
¿Cómo compaginar esto con los requisitos que se derivan de la nueva percepción que tenemos de los riesgos que conlleva nuestra torpe relación

ecológica con el mundo en el que vivimos? ¿Necesitamos un hombre más austero?

Desde luego, parece malo que el hombre enloquezca y se superficialice en el consumo. Parece bueno que sepa ser feliz... con modelos de calidad de vida que no le condenen al círculo producción - consumo de tal manera que, como mosca en la miel, le alienen, le deshumanicen, le corrompan.

Parece evidente también que la biosfera no aguanta un modelo de crecimiento al infinito.

A un nivel filosófico,

«...la conciencia ecológica -señala Edgar Morin-, nos plantea un problema de una profundidad y amplitud extraordinarias. Nos obliga a poner en cuestión la orientación misma de la civilización industrial que ha «triunfado» en base a tres principios organizadores, y que son ahora causa de rebeldía: La separación cartesiana del hombre-sujeto en un universo de objetos manipulables; la ciencia concebida como conocimiento objetivo que no se preocupa de su propio sentido ni de su fin y que, por esa misma razón, se convierte en instrumento de todo tipo de poderes y potencias; y finalmente la idea burguesa, y luego marxista del hombre conquistador de la naturaleza» (14).

Junto con Morin, Capra, por ejemplo, ha insistido en la necesidad de «superar» el paradigma cartesiano:

«Separando la mente de la materia se llegó a la idea del universo como sistema mecánico, formado de objetos aislados que, a su vez, estaban reducidos a componentes básicos cuyas propiedades e interacción probablemente determinaban todos los fenómenos naturales. Esta idea cartesiana de la naturaleza se extendió hasta incluir a los organismos vivientes, considerados como máquinas formadas de diferentes partes. Veremos cómo un concepto tan mecánico del mundo sigue estando en la base de la mayoría de nuestras ciencias y cómo sigue influyendo enormemente en muchos aspectos de nuestras vidas. Un resultado de ello se aprecia en la conocida fragmentación de nuestras disciplinas académicas y de nuestras agencias gubernamentales; también es la razón por la que se ha tratado el medio ambiente como si estuviese constituido de

partes separadas, sujetas a la explotación de diversos grupos de interés» (15).

Este autor trata en la obra antes citada de caracterizar en profundidad la «crisis de nuestra época»:

«La tesis de fondo de esta obra es que todos estos fenómenos no son más que distintas facetas de una única crisis, y que esta crisis es esencialmente de percepción. Como la crisis por la que pasó la física en los años veinte, también ésta es consecuencia de nuestra tentativa de aplicar los conceptos de una visión anticuada del mundo -la mecanicista visión del mundo de la ciencia newtoniano-cartesiana- a una realidad que ya no puede comprenderse desde ese punto de vista. Hoy vivimos en un mundo caracterizado por sus interconexiones a nivel global en el que los fenómenos biológicos, psicológicos, sociales y ambientales, son todos recíprocamente interdependientes. Para describir este mundo de manera adecuada, necesitamos una perspectiva ecológica que la concepción cartesiana del mundo no nos puede ofrecer.

«Por consiguiente, lo que necesitamos es un nuevo «paradigma», una nueva visión de la realidad; una transformación fundamental de nuestros pensamientos, de nuestras percepciones y de nuestros valores» (16).

Pronto se cumplirán mil años del nacimiento de muchas ciudades en la vieja Europa. Casi al tiempo que ellas apareció en la Europa latina unos movimientos religiosos que reaccionaban frente a la riqueza de las ciudades y a la corrupción a ella aparejada.

La noción de pobreza voluntaria se constituyó en el centro de amplios movimientos de renovación y reforma religiosa.

¿La noción de pobreza voluntaria tendrá/podrá volver a ser, si no política, sí religiosamente considerada?

Hemos visto derrumbarse un proyecto ideológico-político que ha sido muy importante durante más de un siglo, y que estaba apoyado en unas bases filosóficas cercanas al cristianismo.

Se ha dicho que el marxismo era una herejía cristiana.

Parece pasado el tiempo de un marxismo-comunismo con una orientación político económica, pero están lejos de haberse resuelto los problemas humanos por los que surgió. Pues la necesidad de una nueva reconversión entre las ideas filosófico-teológicas y los problemas humanos

(económicos, sociales, tecnológicos y políticos) fue un problema anterior a Marx, y también posterior al marxismo.

Como siempre, la filosofía y la teología pueden/deben cooperar para orientar la vida de los hombres.

Cabe esperar que, como en el pasado, filosofía y teología consigan nuevas síntesis en ese largo y tortuoso camino, plagado de retrocesos, que es el proceso civilizatorio, es decir, la historia de la humanidad.

Hans Küng señala:

«Consciente o inconscientemente, y por mucho que se encierre en sí misma, la teología siempre se hallará confrontada con el mundo. Pero sólo podrá ser una teología contemporánea y a la altura de los tiempos si se abre a las necesidades y esperanzas del mundo actual. La segunda constante de la teología, también en un nuevo paradigma, puede expresarse en la siguiente constatación: El horizonte de una teología ecuménica crítica es nuestro actual mundo de experiencia, con toda su ambivalencia, contingencia y versatilidad. Con todo, esta realidad tan ambivalente no es fruto exclusivo de nuestra experiencia actual, sino también de otras experiencias históricas. Y sólo podrá ser una teología para nuestros días la que afronte crítica y constructivamente las experiencias del hombre de hoy, en proceso de cambio de la modernidad a la pos-modernidad» (17).

Hasta nosotros ha llegado la continuación, el ejemplo, la vida de insignes reformadores; franciscanos, cartujos, cistercienses, ... Reaccionaron de diversa manera ante una situación que no les gustaba (18). La originalidad de su vocación se plasmó en unos modos de vida religiosa que han llegado hasta nosotros. Reaccionaron frente a la avaricia, al afán de poseer. En general no aportaron soluciones, se apartaron de la ciudad (cistercienses, cartujos, eremitas, camandulenses...). Otros se integraron en la nueva sociedad urbana (franciscanos, canónigos, laicos...) y tuvieron que acomodar la doctrina ético-teológica a las nuevas exigencias histórico económicas (19).

Nuestra actualidad también parece pedirnos que reaccionemos con imaginación al reto de nuestro presente. «Los problemas de pobreza, enfermedad y deterioro ambiental no pueden resolverse simplemente mediante el uso cada vez mayor de tecnología científica» (20).

¿Filosofía y teología podrán cooperar para ayudar a solucionar los problemas ecológicos? Si nos preguntamos cómo podría ser esto, de algo estamos seguros: no hay una sola respuesta, habrá muchas.

«Dado que en el mundo moderno tanto el politeísmo como el monoteísmo están perdiendo su antigua fuerza, se da por sentado que la época actual es irreligiosa. Sin embargo quizá estemos ascendiendo a un estado superior de religiosidad. Actualmente la ciencia se ocupa menos de la descripción de objetos y acontecimientos concretos que del estudio de las relaciones que se dan en sistemas complejos. Con nuestro conocimiento científico de los procesos a través de los cuales la tierra pudo albergar vida humana y de los mecanismos que relacionan al hombre con el Universo, quizá estemos a punto de recuperar la experiencia de la armonía y de la intimidad con lo divino. Toda visión verdaderamente ecológica del mundo posee resonancias religiosas» (21).

Dubos titula el capítulo del que hemos extraído los anteriores textos con el significativo título «Hacia una teología de la tierra», y recuerda a Whitehead y a Marco Aurelio cuando dice: «Las vidas de todos los seres están entrelazadas; el vínculo es sagrado y no hay nada o casi nada, que sea ajeno a lo demás» (22).

Muchos otros textos célebres y menos conocidos pudieran también citarse (23).

Pero tampoco por aquí vamos a seguir en esta ocasión. El problema en el que nos queremos centrar es la «Aldea del siglo XXI».

¿El futuro de la aldea podrá depender de la calidad humana del aldeano, del habitante? ¿Tiene sentido esta proposición? Quiero decir: ¿Podemos trabajar el humanismo que mejor colabore en el alivio de los problemas ecológicos? O mejor, si es posible o evidente que hay interacción entre el humanismo del habitante de un lugar (y Morin tiene textos que lo apoyan) y las circunstancias ecológicas que rodean el lugar, podemos/debemos actuar, de cuantas maneras podamos en la mejora de esa interacción.

Naturalmente, siempre hay que escoger entre las posibilidades que tenemos de organizar nuestra vida, de iluminar la vida de los demás, de ilusionarnos por el futuro.

¿Qué podemos y debemos rescatar de los modos de vida que se han conservado en nuestras aldeas? ¿Nuestra búsqueda de y en lo humano tendrá que realizarse, en este caso, cambiando -alternando los libros y el

arado? Ya lo hicieron en otro tiempo y en otras circunstancias insignes personalidades y, como se dice ahora, colectivos. Como señala un historiador (24): «El monje benedictino fue el primer erudito que llevaba las uñas sucias de tierra».

Hemos de recoger algunos de los temas tratados: la utopía, la pobreza voluntaria, la necesidad de que una filosofía que supere las limitaciones del método cartesiano (una filosofía ecológica) y que colabore con una teología en el objetivo de encauzar las mejores aspiraciones humanas.

«La solución de la crisis ambiental no consiste en un abandono de la tradición judeo-cristiana o de la civilización tecnológica; más bien requiere una nueva definición de progreso basada en un mejor conocimiento de la naturaleza y en una voluntad de cambiar nuestra manera de vivir. Debemos aprender a reconocer las limitaciones y potencialidades de cada región concreta para manipularla creativamente y mejorar así la vida presente y futura» (25).

Realmente no podemos saber mucho de cómo serán las aldeas del siglo que viene, pero cuando menos nos hemos acercado un poco a cómo quisiéramos que fuesen. Si es verdad que «tenemos el deber de la esperanza», quizá también sea conveniente recordar la que es frase común entre autores con preocupaciones ecológicas; «Pensar a nivel global, actuar a nivel local».

Terminaremos con un texto que... creo que es bonito.

«Hay muchas contradicciones en el desarrollo de la agricultura. La imitación ciega de los modelos de desarrollo bajo circunstancias diferentes conducirá a las realidades y condiciones que actualmente prevalecen en Africa. Se ha desmontado extensas regiones para cultivar cosechas destinadas a la exportación cuyos precios no dejan de bajar. Esto no beneficia a los países en desarrollo.

«Existen tantos problemas por resolver, que nos olvidamos de que cada problema constituye una oportunidad para realizar algo positivo. Se nos proporciona ahora la oportunidad de pensar en la conservación del medio ambiente en un amplio contexto educativo. Al hacerlo estaremos en condiciones de ganarnos a la próxima generación y mostrarle las maravillas y los beneficios del mundo que los rodea» (26).

NOTAS

- 1 - SCHUMACHER, E.F.; *Lo pequeño es hermoso*, Blume, Madrid, 1978, p. 176.
- 2 - Idem.
- 3 - Citado por TAMAMES, R.; *Ecología y desarrollo. La polémica sobre los límites al crecimiento*, Alianza, Madrid, 1983, p. 77.
- 4 - Ibidem, p. 260.
- 5 - *La ciudad de Dios*, de San Agustín, *La ciudad del Sol*, de Campanella...
- 6 - JABALOY, F.; *De la utopía a la antiutopía*, en *Lo utópico y la utopía*, Integral, Barcelona, 1984, pp. 163-4.
- 7 - Ibidem, p. 169.
- 8 - GRASA, R.; *¡Adelante hacia la Naturaleza! Las tradiciones utópico-emancipatorias en el siglo XX*, en Ibidem, p. 134.
- 9 - SIMONET, D.; *El ecologismo*, Gedisa, México, 1983, p.110.
- 10 - TAMAMES, R.; Ob. cit. p. 249.
- 11 - MARCUSE, H.; Entrevista concedida a la televisión de Essen (Alemania), 1977.
- 12 - Comisión mundial del medio ambiente y del desarrollo, *Nuestro futuro común*, Alianza, Madrid, 1989. p. 67.
- 13 - Ibidem, p. 69.
- 14 - SIMONET, D.; Ob. cit. p. 21-22.
- 15 - CAPRA, F.; *El punto crucial*, Integral, Barcelona, 1985, p. 43.
- 16 - Ibidem, p. 18.
- 17 - KÜNG, H.; *Teología para la postmodernidad*, Alianza, Madrid, 1989, p. 160.
- 18 - En las actas del Congreso de Filosofía Medieval celebrado en Zaragoza en Diciembre de 1990 se recoge mi intervención sobre la noción de «Pobreza Voluntaria» entre los años 1050 y 1250.
- 19 - Véase LEITER, K.L.; *Pobreza voluntaria y economía de beneficio en la Europa medieval*, Taurus, Madrid, 1983. Especialmente, pp. 131 y ss.
- 20 - DUBOS, R.; *Un Dios interior*, Salvat, Barcelona, 1986, p. 36.
- 21 - Ibidem, p. 36-37.
- 22 - Podemos recordar a Pierre Teilhard de Chardin, Con su «Himno a la Materia», y aquel párrafo de SEATTLE, jefe de la tribu piel roja de los Suwamish : «Esto lo sabemos; la tierra no pertenece al hombre, sino que el hombre pertenece a la tierra. El hombre no ha tejido la red de la vida: es solo una hebra de ella. Todo lo que haga a la red se lo hará a sí mismo. Lo que ocurra a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra. Lo sabemos. Todas las cosas están relacionadas como la sangre que une a una familia».
- 23 - DUBOS, R.; Ob cit. p. 146.
- 24 - Ibidem, p. 149.
- 25 - MASCARENHAS, A., en Comisión mundial del medio ambiente y del desarrollo, Ob. cit. p. 163.